

EL PRI EN LA CONQUISTA DEL PODER: 1994

RICARDO ESPINOZA TOLEDO

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

1994 fue un año de campañas políticas y elecciones. Para el PRI, como para los otros partidos con registro, significaba elegir (o designar) a su candidato a la Presidencia de la República, así como a sus candidatos a diputados, senadores y miembros de la Asamblea del Distrito Federal. En lo concerniente al candidato a la Presidencia de la República, el PRI, debió realizar una doble selección como resultado del asesinato del candidato originalmente nombrado. Si la primera aparece como un acto del *gran elector* —el presidente de la República—, la segunda incluye a dirigentes y gobernadores del PRI.

De acuerdo con el COFIPE, el PRI presentó una plataforma electoral en la cual buscó resumir sus ofertas políticas frente a los ciudadanos. De nueva cuenta, la presencia sucesiva de dos candidatos planteó dos concepciones diferenciadas, sobre todo por el acento puesto en aspectos considerados esenciales: mientras que Colosio daba preeminencia a la reforma del poder, el candidato Zedillo se parapetó en la idea de dar seguridad a las familias y estabilidad a la vida política, sin menoscabo del cambio.

El desarrollo de la campaña del PRI acusó dos facetas: la primera se caracteriza por la distancia existente entre el candidato Luis Donald Colosio y el partido que lo postuló; la segunda está dada por el reposicionamiento estratégico del PRI en la conducción de la campaña presidencial.

Una vez obtenido el triunfo de su candidato presidencial con un margen de votos que rebasó con mucho los cálculos efectuados por los propios priístas y lo estimado en la mayoría de los sondeos de opinión, el PRI entró en una etapa de letargo en la cual se combina la disputa interna que enfrentó a partidarios de la reforma con los que sostienen la vanidad de pensar en

un cambio luego del extraordinario éxito electoral, así como la formación del nuevo gabinete, la oferta política (pluralista y reformista) del nuevo presidente y la emergencia económica.

Con esta base, la *selección* del candidato presidencial del PRI no se despega del estilo tradicional a pesar de sus variantes; el programa de campaña adopta un carácter reformista, pero se aleja del discurso y de la justificación revolucionarios, y la campaña se caracteriza por ser, sucesivamente, marginal y de poco impacto, aunque finalmente eficaz.

Una selección tradicional del candidato presidencial

Por primera vez en la historia de la era de las instituciones, el PRI debió presentar a un segundo candidato a la Presidencia de la República durante un mismo proceso electoral. No obstante, en ambos procedimientos las bases del partido quedaron excluidas, la primera vez por la presencia decisiva de la figura presidencial y la segunda debido a la *premura* en la selección de otro *presidenciable*.

Una determinación del presidente

La selección del candidato presidencial del PRI para el sexenio 1994-2000, en noviembre de 1993, se efectuó en el más puro estilo presidencialista. Luego de la experiencia de 1987, en la cual fueron presentados a la opinión pública los “seis distinguidos priístas” precandidatos a la candidatura presidencial, a fines de 1993 se esperaba la puesta en marcha de un proceso de selección

novedoso, pero sobre todo congruente con la oferta democratizadora del gobierno. El desenlace fue otro. Una parte de la explicación estriba en el descontento producido por la fuerte injerencia del presidente en la vida interna del PRI.

Desde principios del sexenio, el ambiente entre las filas del oficialismo era de fuerte incertidumbre. Una de las tácticas del gobierno de Carlos Salinas consistió en ir desarticulando a grupos locales considerados menos funcionales al sistema político. No se trató de un batalla frontal. El mecanismo consistió en aprovechar al máximo el influjo decisivo de la movilización popular, independientemente de su procedencia, para tratar de introducir una nueva forma de racionalidad en el quehacer político. La historia comienza en 1988 con el reconocimiento del triunfo de los senadores perredistas por el Distrito Federal, continúa con el reconocimiento de los triunfos panistas (Baja California primero y Chihuahua después) y pasa por las *concertaciones* (Guajuato y la alcaldía de Mérida, Yucatán) y los interinatos forzados de gobernadores (Michoacán, Tabasco, Yucatán, San Luis Potosí).¹ Pero no termina ahí: desde el poder federal se respaldaron los *quinazos*² y la persecución de algunos personajes de las finanzas. Esta línea se prolongó en el fuerte castigo impuesto desde el centro a aquellos grupos regionales cuya fuerza y percepción de la política se fundaba en formas de acción distintas de las pregonadas por el gobierno, quienes a fuerza de detentar un poder ilimitado acabaron enfrentados al proyecto salinista. Todos estos fenómenos inducían y revelaban un serio enfrentamiento entre el presidente de la República y segmentos muy importantes de su partido.

A finales del sexenio, la tensión se acrecentó por dos razones: la decisión de retrasar la designación del candidato sin indicar fecha precisa, por un lado, y el procedimiento para ello utilizado, por otro. Los dirigentes nacionales del PRI se hacían eco del presidente de la República y declaraban que la designación de su candidato sería entre diciembre de 1993 y enero de 1994, pero la realidad fue diferente. Una vez aprobado el Tratado de Libre Comercio (TLC) y presentadas las comparecencias de Pedro Aspe (secretario de Hacienda) y Manuel Camacho (jefe del Departamento del Distrito Federal), el nombre del candidato presidencial (*destape*) se dio a conocer sorpresivamente y sin intervención de la jerarquía priísta, el 28 de noviembre de 1993. La octava Convención Ordinaria del PRI, efectuada el miércoles 8 de diciembre de 1993, formalizó a su vez la candidatura presidencial de Luis Donald Colosio.

El conflicto chiapaneco se sumó a la fractura producida en el PRI debido las derrotas electorales sufridas por ese partido durante el sexenio presidido por Carlos Salinas y a la ruptura provocada por la designación del candidato presidencial. En pleno proceso electoral se dejó ver la lucha interna entre los partidarios del candidato presidencial, los seguidores del aspirante no favorecido —Manuel Camacho—, los gobernadores marginados y el protagonismo presidencial. Eso se complicó con el surgimiento de dos nuevas tendencias y, por tanto, de una nueva fractura entre los priístas producida por la guerra de Chiapas: los partidarios de la *solución armada*, frente a los demandantes de una *salida política*, es decir, negociada, del conflicto. La violencia había empezado a establecerse como parte de la “lucha política”, pero, sobre todo, venía en su reemplazo.

En esas condiciones, la designación de Luis Donald Colosio no podía quedar sujeta al libre juego del partido, pues equivaldría a dejar la decisión en manos de los grupos mejor organizados y fuertes del PRI, insatisfechos a su vez con las acciones del gobierno. Luego del enorme descontento generado en las filas del tricolor debido a los golpes asestados desde la Presidencia de la República, aquella posibilidad se percibía como un modo de frustrar el *proyecto modernizador* en momentos de auge del grupo salinista. Sin embargo, debido al asesinato del candidato presidencial fue preciso recurrir a una modalidad un poco distinta de designación del candidato sustituto.

Un acuerdo presidente-dirigentes del partido

Designado el 29 de marzo de 1994, seis días después del asesinato de Luis Donald Colosio, Ernesto Zedillo se convirtió en nuevo portaestandarte del PRI. El asesinato de Colosio impuso una *situación de emergencia* en el seno del PRI. La necesidad imperativa de dotarse de un presidenciable, las múltiples y recíprocas sospechas en el interior de la clase política a raíz del homicidio, las dudas acerca del o los autores intelectuales, el precedente inmediato dejado por la forma en que el presidente de la República había designado al candidato asesinado, las fuertes pugnas internas del PRI en vistas del nuevo reacomodo de fuerzas, entre otros aspectos, condujeron a adoptar una nueva variante en la designación del candidato: si bien el presidente no resolvió solo, tampoco convocó a una Convención del PRI para nombrar al nuevo candidato presidencial. La nueva

modalidad consistió en reunir a los jefes del partido y a sus gobernadores, para juntos asumir la responsabilidad. La “unidad” PRI-gobierno constituyó el elemento definitorio, aunque la designación del resto de candidaturas a puestos de elección popular evidenció descontento, desplazamientos y rupturas, pero al mismo tiempo fue el principio de una recomposición interna.

A diferencia del periodo previo,³ el PRI tomó en sus manos la conducción de la campaña. Poco tiempo antes el líder cetemista Fidel Velázquez —insatisfecho por la disminución progresiva de sus espacios en el reparto interno de las *cuotas*— se había comprometido a acompañar al candidato presidencial, Luis Donaldo Colosio, en sus giras por el interior de la República. No pasaron muchos días antes de que abandonara su propósito “por motivos de salud”. En el fondo aquella decisión buscaba mayor presencia priísta en la acción electoral del candidato presidencial. Después de todo era el candidato del PRI. Con Ernesto Zedillo el panorama se modificó. En ello influyeron diversos elementos. Probablemente el más importante haya sido el factor sorpresa:⁴ el estallido del conflicto chiapaneco había acaparado la atención de propios y extraños y la política había sido desplazada por un ambiente en el que campeaba la posibilidad de la violencia generalizada y la inestabilidad, ruta en la cual las campañas electorales no sólo no eran lo prioritario, sino que tampoco eran percibidas como atractivas por la ciudadanía. La fabricación de un nuevo candidato, el despliegue de recursos de diverso tipo en refuerzo de éste, la puesta en marcha de una campaña exitosa en condiciones adversas y el triunfo en las elecciones del doctor Zedillo no se deben exclusivamente al PRI,⁵ desde luego, pero no se podrían explicar sin su reposicionamiento como conductor de la campaña. El PRI —como hemos indicado antes— no es un partido monolítico u homogéneo.⁶

Luego del triunfo electoral del 21 de agosto y del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu (el 28 de septiembre de 1994) se agudizaron la dispersión y el enfrentamiento entre dirigentes, personalidades y funcionarios priístas. Hacia finales del sexenio salinista, el PRI atravesaba por una de las etapas más difíciles de su historia: ¿cómo conciliar a los grupos más tradicionales, que se han significado por ser el sostén principal del sistema de poder, con los defensores de la modernización y democratización de las instituciones? ¿Cómo conciliar en cada etapa a grupos desplazados por la circulación inevitable de equipos con los nuevos huéspedes? Éstas han sido algunas de las preguntas derivadas de los mecanismos discrecionales de designación de

candidatos a puestos de elección popular y, en particular, del candidato presidencial. A tales interrogantes y a muchas más debe intentar responder el ya largo e incumplido proceso de reforma del PRI.

Ahora bien, en cuanto a la forma, los dos casos de designación del candidato presidencial con vistas a las elecciones de 1994 se apegaron a la mecánica tradicional de acción del partido gobernante, o sea, aquella en la cual sólo tienen cabida los altos mandos políticos. Por razones diferentes, en ambas designaciones sólo participaron los grupos de poder, los factores reales. La propuesta reforma interna evitó convertir a la militancia del partido en centro de promoción y sostén de los candidatos. No obstante, por fuera de esta continuidad en las prácticas algunas cosas habían cambiado, como lo indica el alejamiento programático de los principios de la Revolución Mexicana.

Un programa distante de la Revolución

Con la obligada sustitución del candidato presidencial, el PRI pasó de un programa para el cambio político a otro que privilegió la estabilidad y el bienestar de la familia. El eje estructurador de la propuesta colosista —la reforma del poder— fue reemplazado por la promoción de la *unidad nacional* enarbolada por el candidato Ernesto Zedillo. Sin embargo, ambos tienen como punto en común el de situarse en la trayectoria desarrollada por el *liberalismo social*,⁷ es decir, en una dirección distinta de los principios de la Revolución Mexicana.

El poder como problema

En sus discursos, Luis Donaldo Colosio buscó dar una imagen de convicción democrática, pero a cada paso se enfrentaba a una buena dosis de incredulidad. A juzgar por la información periodística, entre la gente del pueblo que se dirigía a él había más bien reclamos y falta de entusiasmo. También tenía sobre él la crítica de los perredistas, para quienes las ofertas del candidato presidencial y del *oficialismo* en su conjunto —en el sentido de llamar a compromisos con vistas a garantizar comicios transparentes— no pasaban de ser una táctica para ganar tiempo, es decir, para no concretar acuerdos.⁸ Las ofertas de Colosio, entonces, carecían del impacto buscado. Ciertamente, el conflicto chiapaneco afectó mucho su presencia, pero también eran perceptibles ciertas deficiencias en la estrategia de su campaña. En efecto, el

momento era delicado y su campaña no acusaba el impacto necesario, pero el candidato del PRI disponía aún de tiempo: faltaban varios meses antes de las elecciones, lo que le podría permitir completar y cimentar socialmente su oferta.

La adopción de los principios fundamentales del liberalismo social, por parte de Colosio, evidenciaba dos cosas: por un lado, la reforma del Estado requiere de continuidad para ser tal. Por otro, el establecimiento de nuevos métodos de gobierno —objetivo de la “reforma de la Revolución”— no se había traducido en ajustes institucionales ni formaba parte de la práctica política. Con respecto al primer punto, el candidato presidencial del PRI retoma el combate a la concepción intervencionista del Estado de la Revolución fundada en la rectoría económica y social exclusiva del Estado, y rescata la idea de un nuevo tipo de intervencionismo o de regulación entre el Estado y la sociedad. Si bien las declaraciones de Luis Donald Colosio en su primera etapa no logran perfilar un programa propiamente dicho, en sus discursos de aceptación de la precandidatura y de protesta como candidato oficial de su partido pueden percibirse los principios directores de su oferta electoral, particularmente aquellos que guían su concepción de una nueva acción del Estado y del gobierno.⁹ Su reacción contra el orden político tradicional se dibuja en la crítica al “populismo” —como ya lo habían hecho Miguel de la Madrid y Carlos Salinas— pero ahora insiste en hacer del gobierno un ente involucrado en la vida nacional, consciente de las diferencias sociales y de las distancias que separan la opulencia de la miseria. Colosio hablaba, sobre todo, de la necesidad de un gobierno con capacidad para regular e impedir los excesos del mercado, es decir, de un gobierno preocupado, antes que nada, por la soberanía y la justicia social. En suma —según los objetivos declarados—, no buscaba un Estado altamente burocratizado o actor casi exclusivo de la vida nacional; proponía un gobierno con funciones sociales compartidas.

Según Colosio, el gobierno debe actuar sin paternalismo, pero lejos de la indiferencia, es decir, debe ser un verdadero promotor de la eficiencia económica y del empleo productivo. El poder político, a su vez, no debe atemorizar al ciudadano; al contrario, ha de constituirse en el defensor de sus garantías y de su seguridad. “Me pronuncio por una reforma del gobierno que subordine los procedimientos al fin más importante: al servicio del hombre, al servicio de cada mexicano. Mi compromiso es con un nuevo equilibrio en la vida de la República, a partir de una reforma de gobierno, de una mejor

impartición de justicia y del fortalecimiento del poder legislativo para el progreso de la sociedad”. Afirmó también que la honestidad y el fortalecimiento de la ética pública deberán acompañar este proceso de reformas al gobierno. Con respecto a la actitud de los funcionarios públicos, Colosio dijo conocer muy bien la profunda irritación ante el maltrato, la prepotencia, los estorbos burocráticos y, sobre todo, la inadmisibles frustración ante la impunidad. Por eso propuso emprender la reforma del gobierno, para mejorar sustancialmente la procuración de justicia y la defensa de los derechos humanos: “En esta campaña vamos a pedir el mandato de acometerla [se refería a la reforma del gobierno] sin titubeos, sin detenernos, hasta el final”. En otra parte había expresado: “Creo en un gobierno responsable, que cumpla y haga cumplir la ley, y que haga uso honesto de los recursos, que dé seguridad y certidumbre a los ciudadanos y a sus familias”. Prometió mantener el gasto social como la más alta prioridad a fin de promover condiciones de mayor equidad. Pero —dijo— velar por el bienestar de la familia está reñido con la ausencia de libertades: “El gobierno es el responsable de dirigir y coordinar la acción colectiva para combatir la pobreza, la exclusión, la desigualdad de oportunidades, pero el gobierno no puede pretender sustituir las iniciativas y libertades de los ciudadanos”.¹⁰

En el discurso pronunciado en la conmemoración del LXV aniversario del PRI,¹¹ Colosio abundó en su idea de reformar el poder para acabar con todo vestigio de autoritarismo y sujetar el presidencialismo a los límites constitucionales. Otro tema importante abordado en ese mismo discurso giró en torno a separar al PRI respecto del gobierno. Desde entonces sentenció: cuando el gobierno ha concentrado la iniciativa política, ha debilitado al partido. La autonomía del partido con respecto al gobierno no podía suponerse sin afectar algunos intereses que nacieron y se desarrollaron al cobijo de los gobiernos. La tarea, por tanto, se preveía harto compleja y delicada.¹² Los intentos fallidos para transformar el partido así lo revelaban.¹³ La dificultad se ubica (y se ha ubicado) en dos niveles: por una parte, en el de los conflictos con los grupos que se sienten desplazados o afectados en sus intereses; por otra, en la posibilidad de abrir las compuertas para el reconocimiento de las fuerzas políticas divergentes u opuestas al PRI en tanto centros plurales de poder.

La propuesta de poner en marcha cambios en el PRI no puede verse como el resultado de la pura voluntad del candidato presidencial o de un grupo de reformadores (*modernizadores* se les llamó durante el gobierno

salinista). Tampoco se concibió como un medio para debilitar o fraccionar al partido en el poder. Al contrario, el objetivo perseguido ha sido adecuar el partido a las nuevas condiciones políticas. Colosio afirmaba, contundente, que en el marco de la competencia pluralista “el PRI hoy no tiene triunfos asegurados, tiene que luchar por ellos y tiene que asumir que en la democracia sólo la victoria nos dará la estatura a nuestra presencia política”. En todo caso, las transformaciones en las concepciones y en las prácticas internas de toda organización política dependen de la fuerza del grupo promotor. La lucha ideológica dentro del PRI no es nueva ni reciente, pero en aquel momento la hegemonía de los partidarios de un cambio en las prácticas y en las concepciones del partido parecía un dato confirmado. Sin excepciones, todas las expresiones partidistas decían coincidir con el referido propósito. Más aún, el 8 de marzo de 1994 treinta exgobernadores se incorporaron a las actividades de campaña del candidato presidencial, algunos en el trabajo ideológico y otros en la Fundación Cambio XXI.¹⁴ El trabajo de proselitismo en torno del candidato se reforzaba en todos los frentes.

Dos grandes temas atraviesan la oferta de Colosio: hacer del PRI un partido para la competencia política, y la reforma del poder centrada en una reforma del gobierno. Ambos aspectos se presentaban a la sociedad como fundamento para la transformación democrática del país. Ernesto Zedillo, por su parte, comenzó su campaña electoral con un llamado a la unidad nacional, condición del cambio con estabilidad política.

Unidad nacional y estabilidad política como solución

En sentido estricto, durante su campaña Ernesto Zedillo presentó lineamientos políticos sin llegar a constituir un programa acabado. Retoma aspectos de lo ya propuesto por Colosio, pero privilegia la idea de la unidad nacional y ofrece certezas para el cambio.¹⁵ En su discurso de protesta como candidato del PRI estableció: “Llegaremos al final de este siglo con una economía fortalecida, en la que la estabilidad y el crecimiento estén sustentados en finanzas sanas, en la competitividad y en la modernización; con todo su cabal cometido que en este avance económico deberá ser el bienestar familiar, una distribución más justa de la riqueza y muy señaladamente el ataque frontal a la pobreza, que afecta a muchos millones de mexicanos”. También dijo: “Hoy debemos extraer de la tragedia una lección de unidad, de fortaleza en la diversidad, de nobleza en la contienda,

de respeto fraternal y de civilidad política. [...] La unidad nacional nos hará avanzar con confianza en nosotros mismos, con rumbo claro, con la participación decidida de todos”. Unidad para combatir la pobreza, unidad para fortalecer la economía y unidad para la convivencia pacífica resumían el compromiso del nuevo candidato presidencial del PRI.

Para Ernesto Zedillo, si la vida partidista es consustancial a la democracia, si la fuerza de los partidos fortalece la democracia, entonces es indispensable nutrir con su participación los avances democráticos y construir con ellos los consensos fundamentales. De entrada se reconocía la diversidad. “Me propongo convivir, escuchar y trabajar en una relación respetuosa y transparente con todos los partidos y todas las organizaciones políticas de México. Ningún partido representa a la totalidad de la nación. México ni tiene ni quiere una vocación monopartidista. Nuestras libertades se asientan en la libertad de disentir, de discrepar, de convocar responsablemente a la innovación y al cambio desde la perspectiva de intereses y valores diversos. Nuestra condición de sociedad plural es el fundamento de un régimen pluripartidista”.¹⁶ El virtual presidente dejaba en claro su reticencia ante un formato bipartidista y ya no se diga monopartidista, como lo reiteró dos meses después en una reunión con legisladores del PRD.

Fue precisamente durante su intervención en el Foro Nacional de la Democracia cuando Ernesto Zedillo presentó, en términos más acabados, sus lineamientos políticos. Poco antes del cierre de campaña ofreció a la nación una sustanciosa síntesis de los principios políticos rectores de su lucha por la conquista del puesto más importante de la República. El eje ordenador de su propuesta fue la democracia. De ahí se desprenden los siguientes postulados: ésta es la hora de la democracia y, por ello, es la hora de la legalidad electoral; la democracia exige un Estado de Derecho fortalecido, así como el reforzamiento de la división de poderes; y es la hora de la democracia porque es también la hora de un nuevo federalismo y de la participación ciudadana. Concluyó diciendo que la hora de la democracia es la hora del PRI y también la del compromiso con la democracia.¹⁷

En su discurso de toma de protesta como presidente de la República habló de hacer de México un país de leyes; de reformar las instituciones encargadas de la procuración de justicia (contra las cuales enderezó una crítica muy seria); convocó a la unidad de todos los mexicanos (“unidad para construir la democratización integral del país, unidad para trabajar y luchar por realizar nuestros grandes ideales”) y se comprometió a

dar paso a un nuevo federalismo. Mantener un diálogo permanente con todas las fuerzas políticas, fundado en el respeto y la verdad, fue otro de los aspectos centrales de su proyecto; insistió, igualmente, en ejercer un gobierno sin distinción ni favoritismo, en fin, un gobierno para todos, para la democracia, en la estabilidad y en la paz.¹⁸

Es en el aspecto programático donde la distancia con respecto a la justificación revolucionaria del poder se hace patente. El proceso se inició con la campaña presidencial de Miguel de la Madrid, adoptó la forma de liberalismo social con Carlos Salinas y se proyectó en lo que hoy conocemos como reforma política del Estado. La concepción revolucionaria era excluyente, unanimista; la nueva, para estar a la altura de los tiempos, no puede evadir el pluralismo. El problema, sin embargo, se sitúa en el plano de lo social: objetivo desvirtuado por los gobiernos surgidos de la Revolución, la nueva propuesta integra la problemática social en el terreno del discurso, pero (por razones que no nos es posible explicar en este trabajo) la desdeña en la práctica.¹⁹ No obstante, es ese desdén en su forma práctica de operar el punto de identificación entre ambas concepciones.

Las circunstancias políticas fueron muy desfavorables para la campaña electoral federal de 1994. Ajustes y reajustes en un ambiente altamente conflictivo se fueron operando con gran rapidez, pero no lograban dar el resultado esperado. A final de cuentas lo más penetrante no resultó ser el discurso propositivo, transformador, sino uno que ofrecía certezas, estabilidad. Otra característica muy importante durante el proceso electoral está ligada al papel del partido durante la campaña.

Una campaña difícil

El proceso electoral de 1994 fue el más competido, el más vigilado, el mejor organizado y reglamentado, pero el más convulsionado de todo el periodo institucional. Su rasgo novedoso y característico fue la inexistencia de un ganador de antemano. El PRI, y desde luego sus candidatos, tuvo que remontar, sucesivamente, las dificultades impuestas por el conflicto chiapaneco, el asesinato de su primer candidato presidencial, las modificaciones programáticas derivadas y el bajo perfil de la campaña. En este tránsito, la búsqueda de una coalición amplia con otros grupos y fuerzas políticas dejó su lugar a la preeminencia del partido.

De la búsqueda de una coalición amplia...

Desde la institucionalización del poder político, ningún proceso de sucesión presidencial había presentado signos tan ominosos como el que acompañó el proceso electoral de 1994. Hubo un poco de todo. Se temía incluso la posibilidad de que el candidato triunfante en las elecciones no encontrara condiciones para asumir el poder. Contra todas las opiniones e indicadores que presagiaban un desastre, Ernesto Zedillo tomó posesión del cargo político más importante del país, la presidencia de la República, en un clima de cordialidad y de civilidad políticas respaldado por las fuerzas de oposición.

El asesinato de Luis Donaldo Colosio modificó de golpe el destino del entonces responsable de campaña del candidato presidencial. Ernesto Zedillo se convirtió en el portaestandarte del PRI en momentos en que este partido se encontraba con fisuras inocultables e incontrolables. El relegamiento del equipo del exregente de la ciudad y las pugnas políticas derivadas se combinaban con el protagonismo ganado por el conflicto chiapaneco, que situó a las campañas presidenciales en un segundo plano. A ello deben agregarse los conflictos que el PRI enfrentaba en diversos estados de la República, agudizados por el procedimiento empleado para “seleccionar” a sus candidatos a puestos de elección popular.

Ya con Colosio, en la primera etapa de la campaña, se percibían problemas de coordinación y de colaboración entre el candidato y su partido. Se llegó a difundir con fuerza la especie de una posible sustitución del candidato presidencial. El diferendo cobró tal magnitud que se requirió de la intervención del Presidente de la República para intentar llamar al orden y a la disciplina a la plana mayor del PRI. Con todo, Colosio parecía tener el control de la situación, gracias a una estrategia de conquista del poder fundada en una serie de alianzas amplias, es decir, de relaciones que no empezaban ni terminaban en su partido. Su trágica muerte planteó una situación de emergencia. Era preciso recomponer el cuadro con otra variante, sin duda determinante: mientras que la designación del primer candidato presidencial del PRI no pasó por el partido, la segunda no se pudo hacer sin la aprobación de la jerarquía priísta. En lo sucesivo, el candidato presidencial sería ante todo el candidato *del* partido.

... al repliegue táctico, garante del triunfo

La campaña política de Ernesto Zedillo dejó la impresión de estar controlada y dirigida por y desde el

partido. Los márgenes de acción del candidato se percibían como acotados. Éste no sólo carecía de un equipo propio, lo cual era explicable por la premura de su designación, sino que tampoco encontraba condiciones para reproducir en todas sus letras y significado el programa reformista concebido por su predecesor. El momento imponía prudencia, en efecto, para no dilapidar los sostenes que le ofrecía su partido, necesarios, además, para dar una batalla exitosa frente a los candidatos del PAN y PRD respectivamente. Después de todo, el PRI es un conjunto indiferenciado de organizaciones y dirigentes cuyo concurso se estima imprescindible para llevar a su candidato presidencial al poder. Sin embargo, a diferencia de la práctica anterior, la designación de un nuevo candidato presidencial fue el corolario del arribo de un nuevo equipo en la dirección tanto del partido como de la campaña, y ese nuevo equipo no era precisamente el del candidato, sino más bien el encargado de sacar adelante la campaña.

Las elecciones fueron exitosas, sin duda alguna, pero revelaron una realidad que hasta poco tiempo antes no se reconocía en todas sus letras: la presencia del PAN y del PRD como centros de poder y como organizaciones portadoras de la pluralidad política. Mayor éxito y reconocimiento tuvo la promoción del diálogo con la oposición, en especial con el PRD, por parte del hoy presidente de la República. El hombre encargado de conducir a buen puerto ese planteamiento era José Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI. El asesinato de Ruiz Massieu no amedrentó al candidato presidencial triunfante, y más bien parece haber reforzado su convicción de la necesidad ineludible de abrir el horizonte político. En todo caso, su oferta democratizadora así lo reveló. La búsqueda de una relación de entendimiento con el PRD, la composición plural de su gabinete legal y su discurso de toma de posesión, mostraban a un hombre decidido a gobernar atendiendo a la demanda y a los intereses de los ciudadanos. Sin embargo, la realidad del país resultó alejada de las previsiones.

El doctor Ernesto Zedillo se hizo cargo del puesto político más importante del país en un periodo de inestabilidad política. En ese marco tuvo que ir construyendo su propuesta política, la integración de su gabinete y sus relaciones con la oposición. Sus primeras declaraciones y acciones fueron indicios positivos de un presidente recién electo, necesitado de apoyos y aún no confrontado con la realidad del poder. Progresivamente fue enfrentando situaciones adversas que, en su conjunto, le impedían realmente mantener

bajo su control las riendas del gobierno: asesinato del hombre orquesta, José Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI y futuro coordinador de la fracción parlamentaria del mismo partido; devaluación del peso en los primeros días de su gobierno y puesta en marcha de un plan de emergencia económica; desencuentros con empresarios y con el sector obrero del PRI en ocasión de la firma del programa de emergencia para la recuperación económica; estancamiento en los diálogos con el EZLN; falta de concreción de los compromisos para un diálogo político nacional con los partidos. Como agravante suplementaria, debió afrontar otro hecho inédito: la huelga de hambre de un ex-presidente de la República. El gobierno recién instalado no gozó de un necesario periodo de gracia.

La designación del candidato al más puro estilo tradicional, es decir, sin participación de las bases del partido; el desarrollo de un discurso distante de la justificación revolucionaria del poder y una campaña desarrollada en condiciones adversas —tanto en lo referente a la presencia de fuerzas de oposición en capacidad de disputar el poder como en lo relativo al levantamiento armado del EZLN y a la ola de asesinatos, secuestros y delincuencia en general— fueron los signos distintivos del proceso electoral que condujo al PRI a la preservación del poder en 1994.

Notas

- ¹ Cfr. la obra colectiva coordinada por Silvia Gómez Tagle. 1993. *Las elecciones de 1991. La recuperación oficial*. México, La Jornada/GV Editores. Los interinatos por promoción, Veracruz y Chiapas, son de otro orden, aunque acrecentaron el ambiente de incertidumbre.
- ² En esta cacofónica expresión abarcamos el encarcelamiento del líder sindical petrolero Joaquín Hernández, la destitución del líder sindical de los músicos Venus Rey o la marginación del líder vitalicio del magisterio, Carlos Jongitud Barrios, sin ocuparnos de analizar ni la legitimidad de los mencionados líderes ni la legalidad de la acción gubernamental. Jacqueline Peschard escribió: “Las políticas salinistas han desajustado los equilibrios internos de la élite porque privilegiaron a las fracciones modernas...”, en AA.VV., 1993. *Sucesión presidencial y transición democrática*. México, Rayuela Editores, p. 79.
- ³ En este caso, el periodo previo no se refiere únicamente a la candidatura de Luis Donaldo Colosio.
- ⁴ Lo sorprendente no eran las desigualdades ni la pobreza extrema; lo fue ese salto que hizo posible el paso a las armas.

Con todo, uno de los méritos reconocidos al EZLN es haber llamado radicalmente la atención hacia una de las grandes fallas del régimen de la Revolución: el aspecto social.

- ⁵ Véase nuestro trabajo “La campaña presidencial del PRI”, en *El Cotidiano*, núm. 65, noviembre de 1994.
- ⁶ Siguiendo a Angelo Panebianco, podemos decir que un partido es una coalición de fuerzas, grupos y organizaciones diversos. Cfr. A. P. 1982. *Modelos de partido*. Madrid, Alianza Universidad.
- ⁷ Véase *El liberalismo social*, 2 tomos. México, Fundación Mexicana Cambio XXI, 1992.
- ⁸ A partir del conflicto chiapaneco, Luis Donaldo Colosio propuso un “gran acuerdo nacional” para hacer frente a los problemas del país (*unomásuno*, 23 de enero de 1994). Ofreció erradicar del PRI vicios antidemocráticos: imposición de autoridades y métodos antidemocráticos de selección de candidatos (*unomásuno*, 24 de enero de 94). “Evitemos dijo prácticas caciquiles y el autoritarismo que tanto daño han hecho a la organización campesina”, con lo que reconocía, de hecho, el fracaso de las propuestas introducidas por la XIV Asamblea.
- ⁹ Aparte de los discursos del candidato presidencial, véase la síntesis de los principios de campaña presentada ante el IFE, bajo el título *Plataforma electoral 1994-2000. Certidumbre, responsabilidad y cambio para México*. México, Fundación Mexicana Cambio XXI, 1994.
- ¹⁰ En su discurso de aceptación como precandidato del PRI, el 28 de noviembre de 1993, Colosio habló de la política como el espacio de la convivencia armónica; asumió la batalla por la soberanía y dijo: “nuestro mayor patrimonio es la independencia”; “mi compromiso con la democracia es irrenunciable”; “invitaré a los candidatos de los otros partidos a un amplio debate que contraste ideas y programas”; “nación y libertad son los valores más grandes”. Se pronunció por el “respeto a la ley y a la dignidad del hombre”; demandó más progreso, más oportunidades, menos desigualdades; prometió una economía de la certidumbre y no una equivocada e irresponsable; rechazó el populismo, la demagogia, las ficciones. “Que los beneficios lleguen a los mexicanos”. Dijo: “Vamos por más progreso. Ese es mi compromiso”. Se pronunció por mantener Solidaridad como columna vertebral de su programa social. “Que quede bien claro: no hay marcha atrás, el pueblo no lo permitiría. No más injusticia, no más pobreza, ese es el reclamo. Combatir la pobreza es fundamento de una soberanía reforzada, de la libertad y de la democracia”.
- ¹¹ La conmemoración del LXV aniversario del PRI tuvo lugar el domingo 5 de marzo de 1994 en la Plaza de la República.

- ¹² Un antecedente inmediato se blandía como punto de referencia obligada: la serie de interinatos de gobernadores, virtuales o en funciones, por conflictos electorales o políticos cambió la fisonomía de varias entidades federativas (Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, Tabasco, para no incluir los triunfos del PAN en Baja California y Chihuahua), sin al mismo tiempo haber logrado operar las transformaciones internas en el PRI, percibidas como necesarias. Cfr. *supra.*, p. 3.
- ¹³ En este aspecto deben recordarse, sucesivamente, las propuestas de Jesús Reyes Heróles —en ocasión de la *reforma política*—, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas, sin olvidar el objetivo esencial de la XIV Asamblea Nacional del PRI (1990).
- ¹⁴ Véase *unomásuno* y *La Jornada* del 9 de marzo de 1994.
- ¹⁵ Un resumen de las intervenciones del candidato Zedillo se encuentra en *Ernesto Zedillo, opinión, doctrina*, editado por *El Día*, México, 1994.
- ¹⁶ Cfr. Intervención del candidato presidencial del PRI en el Foro Nacional de la Democracia, organizado por el CEN del PRI, el 4 de agosto de 1994, en *Examen*, núm. 64, septiembre de 1994.
- ¹⁷ Cfr. *Examen*, núm. 64, septiembre de 1994. La modernización o reforma del PRI se había establecido como condición de su supervivencia: reformarse o arriesgarse a perder el poder, se presenta como la disyuntiva.
- ¹⁸ Véase el discurso de toma de protesta, reproducido en *unomásuno* y *La Jornada*, 2 de diciembre de 1995.
- ¹⁹ Se pueden aducir argumentos atenuantes de diverso tipo, pero la prueba contundente estriba en el empobrecimiento progresivo de las mayorías a raíz de las crisis económicas cíclicas. Actualmente, la combinación de inflación y desempleo conforma una mancuerna altamente riesgosa para la paz social.

Bibliografía

- AA.VV. 1992. *El liberalismo social*. 2 tomos. México, Fundación Mexicana Cambio XXI.
- AA.VV. 1993. *Sucesión presidencial y transición democrática*. México, Rayuela Editores.
- Campañas electorales*, Boletín del Centro de Estudios sobre Gobernabilidad, ed. esp., octubre 1993-marzo 1994 y abril-junio 1994.
- El Cotidiano*, núm. 65, noviembre de 1994.
- Ernesto Zedillo. Opinión, doctrina*, editado por *El Día*, México, 1994.
- Examen*, núm. 64, septiembre de 1994.

- Gómez Tagle, Silvia (coord.). 1993. *Las elecciones de 1991. La recuperación oficial*. La Jornada/GV Editores.
- Instituto Federal Electoral. 1994. *Plataformas electorales federales 1994*. México.
- Panebianco, Angelo. 1982. *Modelos de partido*. Madrid, Alianza Universidad.
- Partido Revolucionario Institucional. 1994. *Plataforma electoral 1994-2000. Certidumbre, responsabilidad y cambio para México*. México, Fundación Mexicana Cambio XXI.
- Pérez Fernández del C., Germán, Arturo Alvarado y Arturo Sánchez (coords.). 1995. *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*. México, Miguel A. Porrúa/Flacso.
- Valdés, Leonardo (coord.). 1994. *Elecciones y partidos políticos en México, 1993*. México, UAM-I (Departamento de Sociología, CEDE, DCSH).